



*Quién mejor para escribir sobre los cuatrocientos años del Quijote que Luis Jaime Cisneros, que, gentilmente, acompañó su texto con la siguiente nota:*

*No podía olvidar mi compromiso. Ocurre que tengo comprometidas siete actuaciones (actitud bien quijotesca), y el tiempo no es muy generoso y los años aprietan. Aquí va este texto, que he tratado de que no sea odiosamente erudito, pero que tampoco parezca engendrado en la chakana. Un abrazo.*

*ej cisneros*

## Cuatro siglos de una obra ejemplar

**luis jaimé cisneros**

Maestro universitario

**C**uatro siglos tiene convocados a la lectura este libro de Cervantes. Cervantes, por entonces, es hombre maduro.

Veinte años atrás ha escrito *La Galatea*, y ha estado largo tiempo sin entregar a la imprenta libro alguno. Sin apurar las cosas, en dos años más ha de cumplir sesenta; no lo oculta, pues precisamente advierte en el prólogo que "este estéril ingenio mío" es el que está presentando el libro ahora cuatro veces centenario. Esta

alusión a la edad debemos entenderla como un modo de anunciar que ahora, en 1605, es hombre cargado de experiencia (experiencia de años y experiencia de lecturas).

El momento en que la obra aparece ofrece características que conviene puntualizar para explicarnos por qué la obra recibió lo acogida que todavía conmemoramos. El mundo literario estaba animado de rencillas, favoritismos, luchas abiertas y cerradas. Había empeño

declarado por imitar los unos o los otros: se imitaba a los que tenían fama. Y la fama la otorgaban los allegados, los amigos, el entorno. Esto es necesario recordarlo para poder entender a este Cervantes de 1605. Porque desde el prólogo nos da muestras de su clara voluntad de "no seguir lo corriente del uso". ¿Qué significa no enrolarse en la costumbre reinante? Para ofrecer, como nos dice, algo "nunca visto ni oído", es necesario que su libro sea distinto. Pero todos los

autores se jactaban de ofrecer "algo nunca visto ni oído": esa muletilla era un lugar común y, en concreto, una real mentira. Cervantes se empeña en que sea precisamente una verdad. Para lograrlo, será necesario que en su libro nadie pueda reconocer semejanzas, ecos, repeticiones de cuanto en tantos libros se ofrecía. Cervantes nos va a ofrecer 'otra cosa'.



### La locura

Hemos crecido afirmando que Don Quijote se volvió loco por leer libros de caballerías. Pero estamos afirmando una verdad a medias, ya que la mayoría de nosotros venimos alimentando la idea de que tales libros eran ciertamente perniciosos.

No lo son y no lo fueron. Basta con que arriesguemos esa lectura y descubriremos el error. Pero es cierto que hay una relación (confesada por el propio Cervantes) entre esas lecturas y el hecho de que a don Quijote se le haya "cegado el cerebro de manera que vino a perder el juicio". La explicación la ha ofrecido el mismo Cervantes, y Américo Castro nos enseñó a descubrirla. Si leemos con

calma, convendremos en que Don Quijote leía "con tanta afición y gusto" que vino a tropezar en la locura. No era el tema, sino la manera de leer. Una insistente lectura de ese primer capítulo nos ayuda a ingresar en la verdad. Era tanta la afición que invadía a Don Quijote, tanto el entusiasmo con que leía, "que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacien-

da". Es que Don Quijote no se daba cuenta de estar leyendo libros de aventuras, y creía estar leyendo libros de historia. Esos hechos que eran fruto de la imaginación los recibía como si fueran testimonio de hechos reales. Y su lectura se volvía, así, no solamente actividad de la mente sino grave y severa actividad de la conciencia. El mismo Cervantes nos lo previene:

"Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen cura-

do, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales" (I parte, capítulo 1).

Don Belianís no era, para Alonso Quijano, un personaje de ficción sino un guerrero real y viviente, sobre cuyo restablecimiento nos ofrece conjeturas este ávido lector de novelas caballerescas. Hasta en esa actitud del protagonista quiere Cervantes que lo suyo no se parezca a lo que está en uso. El héroe de su novela no leerá las novelas de caballerías creyendo que todo cuanto ahí se dice es fruto de la fantasía sino que, para confirmar que su actitud corresponde a lo 'nunca visto ni oído', ha de creer que todo cuanto se dice es verdad: es decir, no es leyenda, no es fantasía, sino que es verdad, y es —por lo tanto— historia. Cervantes toma partido ante la gran discusión de la época entre la poesía y la historia. Alonso Quijano lee vidas que le contagian la acción y van trastornándole el cerebro. Por eso Cervantes nos dice que Quijano se vuelve loco "de tanto leer". El leer, y no lo leído, es la causa de esta hermosa transformación. Alonso Quijano compra libros, vende todo cuanto puede para comprar libros. Lee con ardor, con pasión.

Ese impulso hacia la lectura nace de su intimidad. Y para poder expresar esta interioridad, Cervantes ha descubierto que el mejor instrumento es la locura. Esta tensión con que Alonso Quijano lee nos muestra su voluntad pura y aislada: todo lo que hay de actividad —es decir, la lectura— proviene de sus adentros:

"En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más

extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban" (*ibid.*)

Esta íntima voluntad de aislamiento halla en la locura excelente vía de acceso. La locura le permite a Cervantes crear el indispensable apoyo para que don Quijote se encuentre a sí mismo y disfrute de auténtica soledad. La locura resulta la soledad vista desde dentro, sin los otros, pero entre los otros. El aislamiento asegurado por la locura es el aislamiento psíquico, que nos permite descubrir el alma en pureza. Aislado del cuerpo físico que lo pone en contacto con Alonso Quijano, don Quijote refuerza la soledad y resuelve huir, para encontrarse a sí mismo:

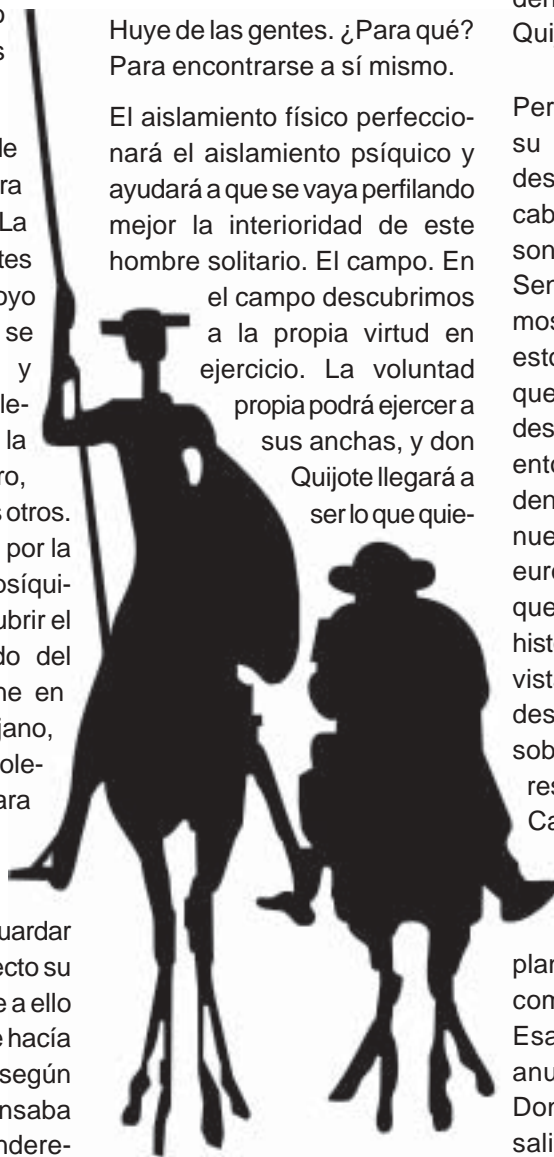
"Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día (que era uno de los calurosos del mes de julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la

puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo" (I parte, capítulo 2).

No solamente está loco don Quijote. Es un loco que huye. ¿Adónde? Al campo. Está huyendo del contacto social.

Huye de las gentes. ¿Para qué? Para encontrarse a sí mismo.

El aislamiento físico perfeccionará el aislamiento psíquico y ayudará a que se vaya perfilando mejor la interioridad de este hombre solitario. El campo. En el campo descubrimos a la propia virtud en ejercicio. La voluntad propia podrá ejercer a sus anchas, y don Quijote llegará a ser lo que quie-



re ser. El hombre, movido por su voluntad, aislado consigo mismo, está ahora en condiciones de realizar su destino ¿Es obra triste? Si nos solzamos con la crítica romántica, quizá nos sorprenda que los románticos consideraron triste al *Quijote*. Para Byron era la historia más triste que había leído. Muchos

otros lectores (y ahí hemos estado nosotros cuando estudiantes) la consideran una de las obras más jocosas de la literatura española. Lectores nosotros de este siglo, no puede llamarnos la atención tan aparente discrepancia. Cuando asistimos a lo que le ocurre dentro de sí, ciertamente Don Quijote nos inspira pena.

Pero cuando somos testigos de su actuar externo, cuando lo descubrimos en plena actividad caballeresca, favorece nuestra sonrisa. ¿Por qué nos apena? Sencillamente, porque advertimos (nosotros, que juzgamos esto desde el lado de la razón) que su actuar es fruto de un desacuerdo interior, entrañable: entonces, nos duele desde dentro. Y es que a esta altura de nuestras lecturas del barroco europeo, ahora comprendemos que Cervantes nos ofrece la historia verdadera de un hombre vista por dentro. Esa historia se desarrolla sobre un argumento sobriamente concebido, que responde (como lo explicó Casaldueiro) a un esquema muy sencillo: *Salida-busca de aventuras-regreso*.

Esquema sencillo en su planteamiento. Pero esquema complejo en su realización. Esa complejidad del esquema anuncia el destino complejo de Don Quijote. Si en la primera salida, merced a la intuición de Rocinante, queda esbozado el destino de don Quijote, en la segunda, en que todo se sujeta a la voluntad de don Quijote, asistimos a la complicación del destino de este caballero, cuyo cuarto centenario nos lo muestra recio en su voluntad, pronto para el ademán, fijos los ojos moribundos en su mundo pastoril. ■